¿TENIA RAZON SCHUMPETER?(*)

Robert L.HEILBRONER

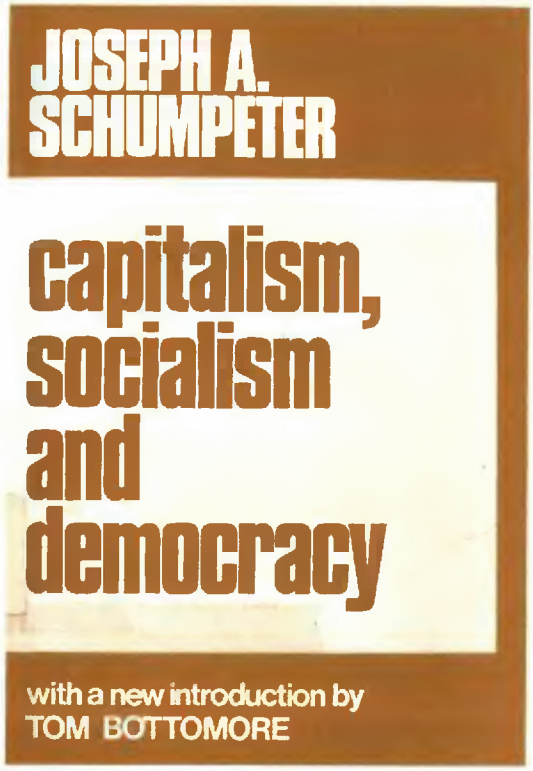
No, no creo que la tuviera.

He construido mi respuesta, evidentemente, al modo apodíctico que es tan característico de *Capitalismo, socialismo y democracia:* «¿Puede sobrevivir el capitalismo? No; no creo que pueda.» En realidad, el pronóstico de Schumpeter para el capitalismo era bastante más prudente de lo que ese tajante veredicto parece indicar. Al menos a corto plazo —«y en estas cosas un siglo es un "corto plazo"» (163) (**)—, y pese a que en su seno estaba en marcha un proceso que en última instancia sería fatal, había razones para creer que el capitalismo lograría adaptarse y sobrevivir. Así también mi sumaria opinión sobre la obra de Schumpeter debe tomarse al estilo schumpeteriano. En lo que se refiere a su fondo más profundo, creo que su análisis es imperfecto, incompleto e inadecuado. Pero en la superficie de las cosas, y sin duda si la comparamos con la de la gran mayoría de los autores de la época, la suya fue una actuación de gran brillantez, más próxima a las tendencias posteriores de la historia que las impetuosas expectativas de la izquierda contemporánea, que las esperanzas y miedos, llenos de ingenuidad, del centro liberal, y que los negros presagios de los que creían en el Camino de la Servidumbre.

Existe un problema de partida a la hora de calibrar *Capitalismo, socialismo y democracia.* Hay que adaptarse a la irritación que produce su estilo: una irritación que a veces pienso que Schumpeter quería provocar deliberadamente. Hay en él mucho de postura estudiada, un manifiesto deleite en *épater les bourgeois* y en hacer rabiar a los radicales. Hay también pomposidad y pedantería, mezcladas con una arrogancia que se sitúa casi al borde de un peligroso elitismo: cuando se ocupa de las ventajas del monopolio, por ejemplo, Schumpeter declara que «la monopolización puede ampliar la esfera de influencia de los cerebros mejor dotados y reducir la de los peor dotados» (101), afirmación que completa en una nota al pie con un comentario aún más exasperante: «El lector debe observar que, por indiscutible que sea, por regla general esta especie de superioridad no es probable que la admitan los cerebros inferiores, especialmente si sus poseedores son totalmente eliminados, y que la simpatía del público y del economista vulgar está siempre de parte de los débiles y no de los fuertes» (101 n.).

Quizás más importancia tiene la tendencia de Schumpeter a expresar pronósticos con una fuerza y con una seguridad jupiterinas, aun cuando, ¡ay!, en la actualidad sabemos que no estaban basados nada más que en la autoridad de sus propias convicciones: «Una de las predicciones más seguras que se pueden hacer es la de admitir que, en un futuro calculable, viviremos en un *embarras de richesse* tanto de artículos alimenticios como de materias primas, lo que permitirá llevar la producción total al punto máximo compatible con nuestras posibilidades. Esto es aplicable también a los recursos minerales» (116).

Para adaptarse a *Capitalismo, socialismo y democracia,* por consiguiente, hay que acorazarse contra sus notorios errores de superficie, como por ejemplo la afirmación, difícil de calificar benévolamente después de Vietnam, de que «cuanto más plenamente capitalistas son la estructura y la actitud de una nación, más pacifista observamos que es y más inclinada a calcular los costos de una guerra» (128-129), o aquella otra de que «la gran empresa... ha ejercido muy poca influencia sobre la política



CAPITALISMO, SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

Es, probablemente, la obra más conocida de Schumpeter y, sin duda alguna, la más leída. Se publica en el año 1942 y, en ella, aparecen toda una serie de ideas que proceden de Schumpeter joven: no debe olvidarse que, en el largo ensayo publicado en *The Economic Journal* de septiembre de 1928 y titulado «The Instability of Capitalism» (la versión española, junto con un comentario introductorio, figura en este número de PAPELES, en la sección de colaboraciones especiales), Schumpeter ya señala que el capitalismo es estable, desde el ángulo económico, pero que no lo es desde el punto de vista político porque genera una mentalidad y un estilo de vida que resultan incompatibles con su propia organización institucional. Por decirlo de otra forma: para Schumpeter existe un capitalismo *romántico,* de pequeñas empresas y empresarios activos e innovadores, y un capitalismo *racionalizado,* de grandes sociedades y administradores profesionales: el primero murió con la Primera Guerra Mundial; el segundo dará paso, gradualmente, al socialismo, como resultado del cambio en las ideas, en las costumbres y en la organización de la vida productiva y social.

extranjera» (55), interpretación que tiene que resultarles interesante a los historiadores de Oriente Medio. Son las afirmaciones de este tipo las que nos producen dentera y las que hacen que se tambalee nuestra confianza en el que las pronuncia. No constituyen, sin embargo, el error principal del libro. Se aprende a vivir con el idiosincrásico pensamiento de Schumpeter y con su enrevesado estilo. Y hay ideas perspicaces que compensan algunas de las extravagancias desde otro lado: «La evolución del estilo de vida capitalista podría describirse fácilmente —y tal vez de la manera más exacta— trazando la génesis del traje de calle moderno» (126), observación que es digna de Thorstein Veblen.

EL CAPITALISMO PLAUSIBLE

Por supuesto que *Capitalismo, socialismo y democracia* ha de juzgarse en última instancia no por su estilo, sino por la coherencia interna y fuerza histórica de su argumentación. Llegamos así a la famosa descripción del capitalismo «plausible» vencido por la hostilidad del medio social que él mismo ha creado. El razonamiento puede reducirse a una serie de proposiciones entrelazadas:

1) El capitalismo es un proceso de acumulación-y-cambio permanentes, factores ambos que se hallan íntima e inextricablemente unidos: «El capitalismo es, por naturaleza, una forma o método de transformación económica y no solamente no es estacionario, sino que no puede serlo nunca» (82).

2) La fuerza que impulsa el cambio radica en la innovación tecnológica: «El impulso fundamental que pone y mantiene en movimiento a la máquina capitalista procede de los nuevos bienes de consumo, de los nuevos métodos de producción y transporte, de los nuevos mercados, de las nuevas formas de organización industrial que crea la empresa capitalista» (83).

3) El proceso de cambio se renueva y vitaliza por sí mismo. No está limitado a la satisfacción de una determinada demanda, sino que se halla engranado con el arrastre insaciable de demandas siempre recién creadas. El «vendaval perenne de la destrucción creadora» (84,

87) le infunde continuamente nueva vida al capitalismo.

4) Las prácticas y beneficios monopolísticos, que podrían poner en peligro el proceso de acumulación en un marco estático, desempeñan una función muy diferente y en gran parte constructiva cuando tienen lugar en un marco dinámico. «Lo que hemos tenido que reconocer es que [el monopolio] ha llegado a ser el motor más potente de este progreso y especialmente de la expansión a largo plazo de la producción total, y ello no sólo a pesar de esta estrategia, sino en una considerable medida precisamente como consecuencia de la misma, que presenta un aspecto tan restrictivo cuando se la observa en un caso específico...» (106).

5) No existen razones para pensar que el período de crecimiento capitalista de 1870-1914 fuera excepcional (108-110). Y, lo que es más importante, no hay argumentos sólidos que nos lleven a pensar que el período que se avecina —es decir, la segunda mitad de nuestro siglo— ofrezca nuevos e importantes obstáculos para el proceso de acumulación. El cierre de la frontera geográfica no implica el cierre de la frontera económica: «La conquista del aire puede muy bien ser más importante de lo que fue la conquista de la India...» (117). El agotamiento tecnológico es improbable: las posibilidades de la tecnología siguen siendo «un mar cuya carta aún no ha sido trazada» (118). Se aparta así, como hemos visto, la amenaza de un problema de recursos de tipo ricardiano o malthusiano.

Lo que queda es, para aprovechar la sugestiva expresión de Schumpeter, el «capitalismo plausible». Se trata de la descripción de un sistema que posee muchos de los atributos que Schumpeter imputó a la visión, en Adam Smith, de un proceso económico «sin impedimentos». «No hay razones *puramente económicas* por las que el capitalismo no haya de poder franquear con éxito otra etapa» (163, n. 7), concluye Schumpeter.

Volveré después a examinar la plausibilidad del «capitalismo plausible», pues ahora hay que completar el razonamiento de Schumpeter.

6) El capitalismo tiene una «base» y una *«superestructura* sociopsicológica» (121) que es típicamente «racionalista» (122-125). Esa racionalidad se ve fomentada y expresada por elementos del capitalismo tales como su dependencia del cálculo, su fomento de la producción, que es experimental y de orientación científica, su estilo de vida (el traje de calle) y su mentalidad esencialmente aheroica, antiheroica incluso. (Aunque no hace personalmente mención de ello, Schumpeter conocería sin duda y consideraría divertida aquella observación que hace Miriam Beard en algún lugar de su *History of the Business Man:* las armaduras que han llegado a nosotros sin abolladuras se hicieron para burgueses *gentilhommes.)* De ahí el pacifismo de la civilización capitalista.

7) En última instancia, esta inclinación racionalista se hace incompatible con el sistema de creencias en que se apoya una civilización capitalista: «El capitalismo crea una configuración mental crítica que, después de haber destruido la autoridad moral de múltiples instituciones no capitalistas, al final se vuelve contra las suyas propias; el burgués descubre con asombro que la actitud racionalista no se detiene ante las credenciales de los reyes y los papas, sino que llega hasta a atacar a la propiedad privada y a todo el sistema de valores burgueses» (143).

Esta es, evidentemente, la *trahison des clercs,* la venganza de los intelectuales (146).

8) Algo muy independiente de la corrosión de las creencias es la erosión de la función central del capitalismo: la función del empresario. A medida que la innovación se ve reducida a una rutina (132), «la personalidad y la fuerza de voluntad tienen que contar menos...» (132). «El progreso económico tiende a despersonalizarse y a automatizarse» (133). Y así tenemos esa metamorfosis gradual que convierte al capitalista-empresario en un burócrata-gestor. «La sociedad anónima moderna, aunque producto del proceso capitalista, socializa la mentalidad burguesa, reduce implacablemente la esfera de acción de los móviles capitalistas, y no sólo eso, sino que termina por matar las raíces mismas del capitalismo» (156).

9) Y así el proceso capitalista pierde su impulso vital (219). La familia burguesa, que es la gran correa de transmisión de los valores empresariales, se ve infectada por la extendida enfermedad del racionalismo. La clase burguesa pierde la fe en sí misma (161), y, sin apenas resistencia, se rinde al nuevo orden; pues el capitalismo, en su disolución, está creando de hecho un nuevo orden: el socialismo. El drama

avanza a un ritmo indeterminado, y en la última frase del último párrafo del capítulo que trata de la descomposición del capitalismo, el condenado a muerte recibe la conmutación de su pena al «corto plazo» de una centuria (163). Pero después pasamos la página: «¿Puede funcionar el socialismo? Por supuesto que puede» (167).

LA REFUTACION DE MARX

Así pues, el capitalismo plausible y el triunfo del racionalismo y la burocracia son las cuestiones que en última instancia han de atraer nuestra atención crítica. Creo sin embargo que deberíamos empezar haciendo una consideración previa. Se trata de traer al centro de la escena el evidente propósito con el que Schumpeter escribió *Capitalismo, socialismo y democracia*. Ese propósito, que se revela con claridad en la primera parte del libro, no era otro que el de un ajuste de cuentas definitivo con Marx. Gran parte de la obra de Schumpeter estuvo en mi opinión guiada por el deseo de ofrecer una interpretación de la historia que le hiciera justicia a Marx pero que, a la vez, diera una visión del funcionamiento de la sociedad más compatible con el temperamento e intereses sociales del propio Schumpeter.

Además, las diferencias que separan el enfoque de Marx del de Schumpeter pueden definirse con toda precisión. Para Marx la fuerza que subyace al cambio histórico, al menos en la época moderna, es la lucha de clases, y su origen principal se halla en la fuerza y perspicacia crecientes de la clase trabajadora. Para Schumpeter, la fuerza conductora de la historia se halla asimismo situada en una contienda de clases; pero no de las clases bajas. Del mismo modo que la transición del feudalismo al capitalismo tuvo en los comerciantes y aristócratas a sus actores principales, mientras que siervos y jornaleros actuaron sólo en papeles de reparto, así para Schumpeter la evolución del capitalismo al socialismo se derivará de la competencia entre empresarios y burócratas, con el proletariado relegado a una posición de impotencia. En la descomposición del capitalismo schumpeteriana, la clase obrera no desempeña papel alguno. En la creación y administración del socialismo, es un mero espectador.

Por consiguiente, la visión histórica de Schumpeter discute a Marx no en lo que se refiere al resultado de la epopeya capitalista, sino en lo que se refiere a su motivación. Pero es más que eso. En su ajuste de cuentas, Schumpeter invierte la supuesta subordinación de la «superestructura» a la «base». La fuerza que impulsa el razonamiento de Schumpeter es, por lo tanto, una segunda refutación de Marx. No son las crisis y contradicciones que existen en la base del «capitalismo plausible» lo que lleva a una civilización a su fin, sino las crisis y contradicciones de su superestructura sociopsicológica.

Para terminar, Schumpeter completa su razonamiento con uno de sus característicos floreos. A Marx le debe Schumpeter un enfoque histórico y evolutivo gracias al cual él no puede seguir siendo en modo alguno un economista «vulgar», incapaz de comprender la historicidad del capitalismo. Le debe asimismo la perspectiva dialéctica que le lleva a buscar el germen de la decadencia capitalista en los propios triunfos del sistema, en sus operaciones «plausibles», no en sus fracasos. Al final, no obstante, Marx resulta vencido. El capitalismo no logrará sobrevivir, y llegará el socialismo, pero por las razones de Schumpeter, no por las de Marx. Marx tenía razón, pero no el marxismo. Hay espacio para un planteamiento conservador, un planteamiento que permita la aparición de un socialismo gestionario y burocrático. A Marx se le conceden todos los honores, incluido el de ser un sabio conservador. En ese sentido, debemos leer con cuidado la nota que aparece al pie de la página 58: «No hay nada específicamente socialista en la teoría del valor del trabajo, cosa que admitirá, por supuesto, todo lo que esté familiarizado con el desenvolvimiento histórico de esta teoría... Para ser socialista no es necesario, por supuesto, ser marxista; sin embargo, tampoco es suficiente ser marxista para ser socialista. Consecuencias socialistas o revolucionarias pueden imprimirse a cualquier teoría científica, pero ninguna teoría científica las implica necesariamente. Ninguna nos mantendría tampoco en la situación que describe Bernard Shaw en alguna parte como estado de rabia sociológica, a menos que su autor abandone su línea de análisis con el fin de excitárnosla.»

Una valoración de *Capitalismo, socialismo y democracia* debe comenzar, por consiguiente, por la interpretación que de Marx hace Schumpeter. E inmediatamente empieza a confirmarse lo complejo que es establecer un juicio sobre Schumpeter. En efecto, no tiene rival entre los economistas convencionales a la hora de comprender a Marx. Los capítulos iniciales del libro, dedicados a Marx el profeta, el sociólogo, el economista y el maestro, ponen de manifiesto una valoración y un conocimiento de la obra de Marx que ninguno de sus colegas pudo siquiera empezar a igualar; de hecho, la obra sigue teniendo hoy un notable valor desde ese punto de vista. Sin embargo, su interpretación de Marx es errónea, y es en esos errores donde se apoya la justificación del juicio sumario negativo con que he iniciado este ensayo.

Podemos empezar la crítica de una manera incuestionable señalando que Schumpeter no conocía la obra de Marx en toda su amplitud. Cuando se escribió *Capitalismo, socialismo y democracia,* los *Grundrisse* no se conocían todavía excepto en una edición rusa, y aún no se había iniciado el actual renacimiento de los estudios marxistas. Schumpeter no podría haber escrito, por ejemplo, que «su aportación [fue] decididamente mediocre en el campo del dinero» (22) si hubiera leído el capítulo dedicado a ese tema en los *Grundrisse,* o si hubiera seguido —como habría hecho— el redescubrimiento y la reinterpretación que se han hecho recientemente del tratamiento del dinero en *El Capital* (como por ejemplo *Marx on money,* de Suzanne De Brunhoff, Urizen, 1976). Del mismo modo, las afirmaciones de Schumpeter acerca de la teoría del valor del trabajo, y en particular la sorprendente aseveración de que no hay nada «específicamente socialista» en ella, refleja asimismo un punto de vista ya pasado de moda: el que olvida que Marx utiliza dicha teoría no sólo como base para explicar los precios relativos, sino también como un modo de penetración en las relaciones sociales (Marx, *El Capital,* vol. 1, cap. 1). No menos importancia tiene la concepción de Schumpeter del materialismo histórico como una sencilla relación «base-superestructura»: aunque es representativa de la comprensión de Marx que dominaba en su tiempo, tal concepción hoy sería considerada también como poco adecuada para describir el análisis de la historia de Marx.

No se trata aquí de defender a Marx, sino de situar a Schumpeter. Su refutación de Marx se basa en una lectura que los actuales especialistas en su obra no considerarían con mucha seriedad. No tiene Schumpeter la culpa, claro es, de no ir por delante de su tiempo en la comprensión de Marx. Pero su ataque no solamente está mal dirigido en lo que atañe a sus objetivos inmediatos, sino también en lo que se refiere a su marco conceptual más amplio.

El punto crucial de esta segunda dificultad se halla contenido en la nota que hemos citado anteriormente. El elemento esencial del análisis de Marx que Schumpeter no pudo tragar —y cuyo rechazo desnaturalizó o distorsionó gran parte del análisis marxiano que Schumpeter ingirió— era la finalidad y el carácter revolucionarios de la obra de Marx. Remacha claramente esta idea la afirmación de que no es suficiente ser marxista para ser socialista. La célebre Undécima Tesis sobre Feuerbach, que se refiere a cambiar el mundo en lugar de interpretarlo, era profundamente contraria al temperamento de Schumpeter. Por consiguiente, y en un sentido fundamental, Schumpeter no logró comprender ni a Marx ni al «socialismo científico» por él adoptado. Nunca reconoció Schumpeter la unidad de teoría y praxis que, acertada o equivocadamente, está en el centro mismo del enfoque de Marx, y de haberlo hecho le habría parecido sin duda inaceptable. El Marx al que él vence no es, por tanto, el auténtico Marx. El problema que nos plantean las críticas schumpeterianas reside no sólo en que carecen de una buena información desde el punto de vista textual, sino también en que no llegan a comprender el espíritu. Las limitaciones de los estudios marxianos en la época de Schumpeter disculpan el primero de estos fallos, pero en el segundo se ponen de manifiesto las limitaciones de la imaginación de Schumpeter.

OTRAS POSIBLES LECTURAS DEL FUTURO

Pasemos ahora a considerar las predicciones de Schumpeter. Como en lo que se refiere a su relación con Marx, debemos empezar por

hacer hincapié en que constituyen un logro muy notable. El cuarto de siglo transcurrido ha confirmado la agudeza de las anticipaciones de Schumpeter. El más largo período de crecimiento sostenido del capitalismo ha atestiguado la plausibilidad de su capitalismo «plausible». Los monopolios y las decrecientes salidas para la inversión, que son los espectros contra los que Schumpeter dirigió sus principales ataques, han resultado ser, exactamente como él lo afirmó, no más que eso, meros fantasmas. Al mismo tiempo, el aspecto sociológico del desarrollo capitalista ha confirmado también la perspicacia de Schumpeter. La burocracia ha ido avanzando rápidamente, dentro y fuera de la sociedad anónima. El «abismo generacional», que él no previó, ha puesto de manifiesto con absoluta claridad la decadencia del patriotismo económico, que sí previó. Nuestra valoración debe empezar, así pues, por el reconocimiento de la presciencia de Schumpeter. Como ya dije al principio, no ha habido en la época moderna actuación equiparable a la suya.

¿Cuál es la razón, entonces, de que califique su obra de llena de fallos, de incompleta y de definitivamente inadecuada? Creo que para contestar esa pregunta puede ser muy útil que nos detengamos en una reconstrucción hipotética de la argumentación de Schumpeter. Empecemos, como él hizo, admitiendo la necesidad de un proceso continuo de acumulación, fenómeno que está posibilitado por la constante revolución de los productos y procesos de la economía a través de la creación de las grandes empresas. Pero cambiemos ahora el rumbo del análisis. En el sector monopolista existe una creciente rigidez de precios y salarios, que conduce a una presión política igualmente creciente para asegurar la liquidez necesaria para financiar el coste de los aumentos salariales en la gran empresa, que se ha convertido en un coste semifijo. Supongamos después que esta necesidad políticoeconómica altera la dirección de la flecha de causalidad MV → PT, convirtiéndola en PT → MV. Aún más, que este marco financiero alterado afecta al comportamiento de los principales sindicatos, incitándoles a ejercer una decidida acción para conseguir unos niveles salariales más altos. Imaginemos, en una palabra, que la monopolización provoca unos cambios estructurales que desembocan en una inflación crónica. ¿Acaso no es eso también un capitalismo «plausible»?

Probemos con otra hipótesis. Supongamos que John Jewkes, David Sawers y Richard Stillerman están en lo cierto en su libro *The Sources of Invention* (Londres, Macmillan, 1958) y que el progreso tecnológico sigue dependiendo básicamente todavía del trabajo de los investigadores e inventores privados, no de los grandes laboratorios de empresa. La monopolización, con sus burocracias cada vez más tecnocratizadas y enemigas del riesgo, crearía entonces un clima cada vez menos favorable para el trabajo del inventor independiente y para la venta de sus creaciones. El ritmo de modificación de la cuenta de producción final se vería disminuido. El vendaval de la destrucción perenne soplaría entonces con menos fuerza. La productividad descendería aunque aumentara la superestructura burocrática. Y la inflación recibiría un nuevo y diferente impulso. ¿Acaso no es eso también un capitalismo «plausible»?

Veamos una última historia alternativa. Esta vez la hipótesis consiste en que la empresa que innova y acumula descubre que las fronteras económicas son en verdad enormemente amplias, y que no conocen límites geográficos. La empresa hace estallar su envoltura nacional. El proceso de acumulación prosigue entonces a un nivel universal, en el que la gran corporación funciona como elemento conductor en la transmisión de tecnología y fondos de capital. Al lado de unos campos que aún se trabajan con arado de madera se alzan modernas fábricas, y a tiro de piedra de un poblado de adobe se encuentra un hotel Hilton. La introducción de la tecnología y del modo de producción industrial que son propios del capitalismo trastorna jerarquías y sistemas. El atrasado país «anfitrión» entra con vacilación en el mundo moderno, equipado con aviones de combate y soldados analfabetos, imitaciones serviles de la hegemonía occidental. La posición del centro capitalista, fuente del dinamismo, está dirigiendo el vendaval de la destrucción creadora hacia esas colonias, es poderosa, dinámica y civilizadora, y al mismo tiempo vulnerable, frágil y trastornadora. ¿Acaso no es eso también una visión de un capitalismo «plausible»?

Si estoy suscitando estas otras lecturas posibles del futuro desde la perspectiva de 1942 es por una única razón. Tales son perfectamente coherentes con las mismas premisas organi-

zativas de que partió Schumpeter, y deducibles de ellas siempre que se tenga una mínima destreza para el razonamiento. Para decirlo en otras palabras, *había mas de un rumbo plausible como posibilidad futura del capitalismo.* Es más, el hecho de que siguiera con éxito su trayectoria de crecimiento económico no era en modo alguno contrario a que siguiera por esas otras vías posibles; de hecho, era más bien una condición necesaria para ello. Así, lo que falla en la historia de Schumpeter es, fundamentalmente, que es demasiado restrictiva. Lo que Schumpeter calificó de futuro «puramente económico» del capitalismo es sólo una descripción parcial de sus propensiones y tendencias económicas, de sus contradicciones y conflictos internos. Schumpeter tenía plena razón cuando reconocía la enorme, y aún incansable, fuerza de la energía expansiva del capitalismo, pero no supo tomar en consideración todos los efectos *económicos* —para no mencionar los sociales y políticos— que podían derivarse de la cumplida expresión de esa energía.

El capitalismo plausible plantea, además, una dicotomía entre las esferas económica y sociológica, dicotomía que empaña la capacidad de análisis. La naturaleza artificial de esa dicotomía se pone rápidamente de manifiesto cuando reflexionamos sobre el significado del «crecimiento», que es presumiblemente el ámbito propio de los cambios que se producen en la base. Solamente una pequeña parte de ese crecimiento puede describirse mediante un simple coeficiente de expansión, como ocurre con el aumento de producción de un tipo fijo, por ejemplo el trigo. La mayor parte de ese crecimiento consiste en la alteración tanto de los *inputs* como de los *outputs,* con las modificaciones en las vidas, experiencias, motivaciones, percepciones y comportamientos de los actores del sistema que están vinculadas a dicha alteración. Algunas de esas propiedades reales que se alteran en el sistema producen efectos que calificamos de «económicos», tales como la inflación o la internacionalización del capital. Otros cambios producen transformaciones políticas, sociales o culturales: una obra ética alterada, o ataques de radicalismo o de conservadurismo, o un deterioro de los fundamentos morales de que depende hasta el más puro de los sistemas de mercado, tal y como demostró Fred Hirsch en su *Social Limits to Growth* (Harvard, 1976).

Es esta unidad mayor de la dinámica capitalista la que no logró ver Schumpeter, a pesar —o quizás a causa de— su intuición de la «decadencia sociológica» que acompaña al «alza económica», y a pesar también de su insistencia en el aspecto cualitativo del crecimiento. De haber ampliado su visión podría incluso haber predicho otros cuarenta años de crecimiento, pero habría insistido en que el «capitalismo plausible» no se habría librado por ese motivo ni de sus cambios estructurales, ni de su histórica repetición de crisis, ni de su permanente lucha por coordinar el ritmo de producción con el flujo de distribución. El capitalismo plausible es realmente un sistema que sufre una continua transformación de su infraestructura, en gran parte como también tienen lugar transformaciones en su superestructura psicosociológica. A pesar de todas sus pretensiones de dinámica, el problema del «capitalismo plausible» es que se trata de una concepción estática.

EL PROCESO HISTORICO

De igual modo que ocurre con la economía, la sociología no está equivocada, sino incompleta. Como hemos hecho con anterioridad, podríamos, por consiguiente, construir historias alternativas que se iniciaran en los puntos de partida de Schumpeter: la erosión de la confianza de la burguesía en sí misma y el desplazamiento por la burocracia de la función del empresario. Podríamos argumentar, por ejemplo, que el racionalismo burgués es en sí mismo una forma de ideología, perfectamente capaz de adoptar una forma acrítica de «libertarianismo» (en el sentido inglés del término) y por completo inmune, en su fondo, al desenmascaramiento de las pretensiones de los fetichismos capitalistas. O podríamos también defender que el desplazamiento hacia la burocracia, lejos de firmar la sentencia de muerte del capitalismo, es en realidad la única conmutación posible de su muerte natural a manos de la política igualitaria y de la nada dócil tecnología del siglo XX.

No seguiré, sin embargo, por ese camino. Pues la razón principal de mi desaprobación del razonamiento sociológico de *Capitalismo, socialismo y democracia* radica en otra cosa. De

nuevo hay que empezar aquí por recoger la visión del socialismo que surge de sus páginas. El socialismo será un socialismo planificado, claro está, y también burocrático (185). Se diferenciará del capitalismo en que su moral quizás sea más elevada (211), su autoconocimiento más profundo (211), su eficacia mayor (188), pero conservará de él la mayor parte de la terminología —y, tras ella, las realidades existenciales— de un sistema capitalista de relaciones de mercado (181). Esencialmente inalterado quedará el mundo del trabajo, en particular en lo que atañe al «obrero y al empleado» (203). El ámbito de la democracia, especialmente en lo que se refiere a la producción, se verá convenientemente restringido (299-300). Y se aprovechará sin duda la «calidad supernormal» de la burguesía desplazada (204, n. 3).

Las cosas pueden salir mal, por supuesto. El socialismo no posee una «solución notoria» para el problema de cómo aportar tradiciones estables (302). La tarea de mantener la democracia puede ser para el socialismo «sumamente ardua»; de hecho, «la democracia socialista puede resultar, en definitiva, un engaño mayor que el que ha sido hasta ahora la democracia capitalista» (302). La previsión de Schumpeter, no obstante, es sencilla: en lugar de un capitalismo plausible, podremos tener un socialismo plausible.

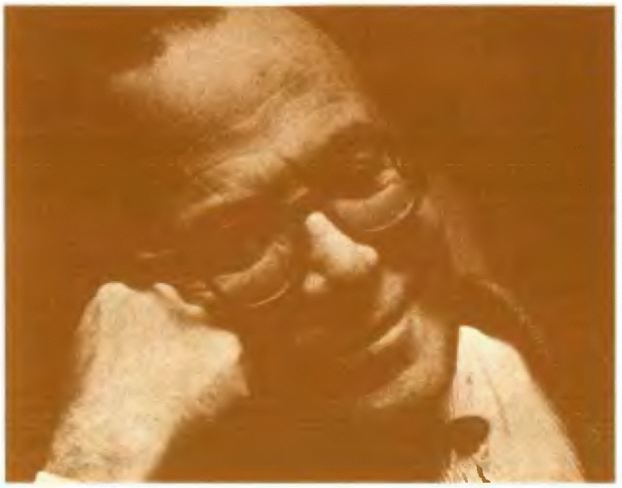
Pero ¿puede «funcionar» un socialismo así? «Por supuesto que puede.» Mas ¿qué significa «funcionar»? El criterio es el de una planificación central eficaz, cuya viabilidad Schumpeter afirma decididamente (188, 196). Sospecho que tal afirmación refleja la extraordinaria influencia que tenía por entonces la obra de Taylor y Lange (173, n. 2). De haber vivido Schumpeter para presenciar las tribulaciones que hoy aquejan a los sistemas de planificación centralizada, dudo que hubiera aceptado tan fácilmente su superioridad.

Pero no radica ahí el *quid* de mi crítica. *Radica más bien en el hecho de que Schumpeter no viera que un orden económico estático —siempre que tolerara las instituciones democráticas— sufriría unas contradicciones iguales a las del capitalismo, aunque quizás ocultas bajo un disfraz ligeramente diferente.* La contradicción fundamental del capitalismo, tal y como la describe Schumpeter, es la incompatibilidad de la mentalidad racional generada por los procesos capitalistas con la necesaria observancia de los irracionales derechos de propiedad. Lo que no alcanza a comprender es que el socialismo schumpeteriano generaría unas tensiones muy similares. En lugar de la inviolable afirmación de la propiedad planteada por la burguesía, tenemos la inviolable afirmación de la eficacia planteada por la burocracia. ¿No coinciden ambas razones fundamentales en aumentar al máximo el *output* social? En lugar del genio distintivo de la burguesía, socavado por la racionalidad del capitalismo, tenemos el *ethos* distintivo de la burocracia, socavado por la «claridad» del socialismo. Las contradicciones primordiales son, así, constantes. El socialismo plausible no es un nuevo y diferente orden social Es simplemente capitalismo en un nuevo grado de desarrollo.

El propio Schumpeter sintió claramente que el socialismo era burgués. «La ideología del socialismo clásico», escribe, «es la descendiente de la ideología burguesa. En especial, comparte plenamente la fase racionalista y utilitaria de la última y muchas de las ideas e ideales que formaban parte de la teoría clásica de la democracia» (298-299).

Como descripción de la genealogía intelectual del socialismo, la frase es indiscutible. Pero como descripción del empuje histórico del socialismo, presenta graves fallos. Dar por sentado que los valores de eficacia y aspiración material, de jerarquía y democracia restringida, de racionalismo y utilitarismo, se mantendrán indiscutidos es dar por sentado que el advenimiento del socialismo no significa nada más que el paso de las riendas del poder de un grupo dominante a otro, en el seno de unos modos productivos y mentales esencialmente idénticos.

Tal concepción del cambio social era desde luego una previsión de las tendencias capitalistas existentes en nuestros días. Pero ¿es suficiente para describir la transformación histórica que Schumpeter trató de comprender? No soy de esa opinión, a menos que se descarte un enfrentamiento de consecuencias más profundas que el que opone a los grupos dominantes: el que enfrenta a élites y masas, a privilegiados y no privilegiados, a gobernantes y gobernados; en suma, la lucha de clases. Como bien sabemos, Schumpeter no tuvo en cuenta esa lucha. Soy de la opinión, sin embargo, de que puede verse en ella la fuerza incipiente, patente



ROBERT L. HEILBRONER

Nacido en 1919, en Nueva York y en el seno de una familia acomodada, Robert Heilbroner no es un producto puro de la vida académica. Tras un primer título universitario en Historia y Economía (Harvard, 1940), se ocupa durante un tiempo del negocio de prendas de vestir familiar, pero la actividad no le resulta interesante y se decide a escribir sobre temas económicos. Su primer libro, *The Worldly Philosophers,* aparecido en 1953 (la traducción española lleva el título de *Vida y doctrina de los grandes economistas,* Aguilar, 1964), conoce un éxito inmediato y duradero: al parecer es el libro de historia del pensamiento económico más vendido hasta el momento. Posteriormente obtiene el doctorado en Economía en la «New School for Social Research» (1963) y, desde entonces, ha sido profesor de esa Universidad. Aunque sus trabajos económicos abarcan campos muy distintos —ha publicado, junto con Lester Thorow del MIT, dos manuales sobre micro y macroeconomía— sus ensayos sobre la historia del pensamiento económico y de los grandes pensadores no tienen hoy parangón. Fue discípulo de Schumpeter en Harvard.

ya en el ámbito económico, ya en el social, ya en el político, que se mueve inquieta e implacablemente en los niveles profundos de la civilización capitalista.

Al ignorar este proceso sumergido, Schumpeter pudo ignorar los cambios que auguraba para el socialismo plausible. Esos cambios habrían causado consternación, casi con seguridad, en una sensibilidad de burgués cultivado como la que él tenía. En efecto, en toda su amplitud y profundidad, los cambios implícitos en una interpretación más convulsiva del advenimiento del socialismo podrían dejar a cualquier crítico contemporáneo sin la capacidad de efectuar juicios convincentes, del mismo modo que un crítico que viviera en la Roma antigua habría sido incapaz de valorar las transformaciones causadas por el feudalismo, en el caso de haberlas previsto, o que otro que viviera en la época medieval habría sido incapaz de comprender los cambios vinculados a la aparición del capitalismo, aun en el caso de haberlos imaginado.

Cuando aprueba o cuando desaprueba, cuando calla o cuando expresa, es esta incapacidad para imaginar el proceso histórico como un proceso revolucionario, pese a su afición a este término, el aspecto que finalmente retrata el *Capitalismo, socialismo y democracia* de Schumpeter. Entre los economistas de su tiempo, Joseph Alois Schumpeter vio a mayor distancia y con más claridad que probablemente ningún otro, pero su visión se halla limitada, consciente o inconscientemente, por las ideas preconcebidas, de carácter burgués, que acariciaba. Quizás eso explique que, procediendo como él procedía de pura estirpe burguesa, fuera capaz de aceptar con tanta elegancia la llegada del socialismo. Y en cuanto a qué es lo que pudiera haber más allá, sospecho que le importaba poco. Un socialismo como milenio le habría parecido probablemente tan desagradable como un socialismo como barbarie. Schumpeter sigue siendo por excelencia el filósofo mundano del capitalismo maduro, pero no comprende que el punto más distante al que alcanza su pensamiento no es un final de línea, sino un horizonte.

NOTAS

(*) Artículo publicado en la revista *Challenge,* marzo-abril 1982. Traducido por Equipo de Traductores, S. A.

(**) Todas las citas entre paréntesis hacen referencia a páginas del libro de JOSEPH A. SCHUMPETER, *Capitalism, Socialism, and Democracy,* 3.ª ed., Harper, Nueva York, 1950.

Nota del traductor: La versión española de las citas está tomada de la traducción de la obra, *Capitalismo, socialismo y democracia,* Aguilar, Madrid, 1968, y Orbis, Barcelona, 1983.